

NEW LEFT REVIEW 139

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2023

ARTÍCULOS

ANDRÉ SINGER	El regreso de Lula	7
PERRY ANDERSON	Dos grandes pérdidas	37

OBITUARIO

BRYAN PALMER	Un héroe surgido del infierno del capitalismo	47
--------------	---	----

ARTÍCULOS

ERIKA BALSOM	Reflexiones sobre una exposición	111
MATTHEW KARP	Clase y partido en la política estadounidense	137
CECILIA RIKAP	¿El capitalismo de siempre?	155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



MATTHEW KARP

CLASE Y PARTIDO EN LA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE

*Réplica a «Siete tesis sobre la política
estadounidense» de Dylan Riley y Robert Brenner*

PARA SITUAR LAS elecciones de mitad de mandato de 2022 en el contexto de los últimos cien años de la política estadounidense, fijémonos en dos comunidades de Minnesota. Al norte, la ciudad de Hibbing se sitúa, y no es una coincidencia, en el límite de lo que, durante buena parte del siglo xx, fue la mina de hierro más grande del planeta. Indispensable para la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, la explotación de la zona minera de Iron Range de Minnesota también dio lugar a una serie de predisposiciones político-económicas a la vez características y paradigmáticas¹. Gracias a la combinación de la pura generosidad del mineral y del miedo a la militancia obrera –las huelgas de 1907 y 1916 casi doblegaron a la industria siderúrgica– un gobierno local progresista consiguió gravar los beneficios mineros para financiar un abanico impresionante de obras públicas². En el momento de su construcción en 1922, el Instituto Hibbing, una obra maestra del estilo neotudor, conocido como «el castillo en el bosque», fue quizá el instituto de secundaria más caro de Estados Unidos. Aquí, en su auditorio dotado de un aforo de mil ochocientas butacas, bajo las adornadas molduras del techo y los candelabros de cristal belga, fue donde las autoridades de la escuela cortaron el micrófono a un joven Robert Zimmerman a mitad de su interpretación de «Rock and Roll Is Here to Stay» en 1959.

¹ En 1945 solo la mina Hull-Rust producía más toneladas de mineral de hierro (19 millones) que toda la Unión Soviética (15 millones) o que Gran Bretaña (14 millones). En el momento álgido de la Segunda Guerra Mundial, en 1943, la producción de hierro de Minnesota equivalía más o menos a la de Europa Occidental.

² Paul Lubotina, «Reform: The Struggle for Control of Hibbing», *Upper Country: A Journal of the Lake Superior Region*, vol. 2, 2014.

La escandalosa riqueza de la zona minera de Iron Range nunca fue expropiada a sus expropiadores, pero a lo largo de un siglo, después de posteriores concesiones arrancadas por la lucha de los sindicatos mineros, se les extrajo una buena parte a los extractivistas. Hoy Hibbing se halla, sin embargo, absolutamente alejado del cénit de su edad de hierro. Las minas son tan productivas como siempre, pero ahora emplean a menos del 6 por 100 de la mano de obra de la ciudad. A medida que la salud, la venta al detalle y otras empresas del sector servicios superan a las industrias de la «clase obrera histórica», la economía de Hibbing ha terminado por parecerse a la de otras muchas ciudades obreras en apuros situadas a lo largo del Medio Oeste³. Sus ingresos medianos por hogar están por debajo de los 50.000 dólares anuales, muy por debajo de la norma estatal; el precio medio de sus viviendas es de 111.300 dólares y menos del 25 por 100 de su población adulta tiene estudios universitarios.

Poco más de 300 kilómetros al sur, la zona residencial de North Oaks, en St. Paul, Minnesota, pasó su tranquilo siglo xx en el extremo opuesto del conducto que vehicula el valor del capitalismo estadounidense, situado no en aquel del que procede el dinero, sino en el que se refugia. El área se desarrolló primero como una hacienda señorial y una granja bovina recreativa propiedad del magnate del ferrocarril James J. Hill, el «constructor de imperios» y el hombre en el que el padre de Jay Gatsby esperaba que se convirtiera su hijo⁴. En la década de 1950, los herederos de Hill convirtieron la propiedad familiar en una especie de experimento residencial libertario. Hoy en día, la ciudad de North Oaks no tiene ninguna propiedad pública; toda la tierra, incluyendo las calles y las aceras, pertenecen bien a los residentes individuales o a una asociación privada de propietarios.

Aunque abrió sus puertas, literalmente, en la década de 1980, la ciudad continúa aplicando sus normas contra la intrusión. (En 2008 North Oaks solicitó con éxito que se retiraran las imágenes de sus calles de Google Maps y sigue siendo invisible en Street View). North Oaks se anuncia como una «comunidad exclusiva, privada», naturalmente dotada de su propio club de golf, su lago con playas y un área de conservación natural, mientras lucha por no parecer un producto del crecimiento

³ Aaron Brown, «Iron Range Labour's Maturity, and Decline», *Minnesota Reformer*, 31 de agosto de 2021.

⁴ Como dice Henry Gatz a Nick Carraway, hablando de su hijo, nacido en Minnesota: «Si hubiera vivido, habría sido un gran hombre. Un hombre como James J. Hill. Hubiera ayudado a construir el país».

de Minneapolis-St. Paul (las Ciudades Gemelas), sino un recinto recoleto apartado de él. No obstante, esta zona residencial ha prosperado mucho dentro de la «economía de las sedes centrales empresariales» de la región, que alberga a más empresas del Fortune 500 que cualquier otra zona metropolitana de su tamaño. Desde la década de 1970, esta predominancia ha contribuido a que las Ciudades Gemelas atraigan y retengan un porcentaje desproporcionado de profesionales y directivos retribuidos con altos sueldos acompañados de sus familias⁵. Unas cinco mil familias de este tipo viven hoy en North Oaks: el ingreso medio por hogar supera los 220.000 dólares anuales; el precio medio de la vivienda supera los 696.000 dólares y casi el 75 por 100 de los residentes adultos tienen un grado universitario.

Situadas a años luz en cuanto a su geografía social, su economía y su historia, Hibbing y North Oaks recientemente han visto como se cruzaban sus caminos en la política. Durante décadas, la zona minera de Iron Range, con su fuerte presencia sindical, era una de las regiones más confiablemente en manos del Partido Demócrata del país, ofreciendo un apoyo leal, aunque solitario, incluso a víctimas de derrotas aplastantes, como George McGovern y Walter Mondale. La ciudad de Hibbing ha entregado mayorías de dos a uno a generaciones de candidatos demócratas tan distintos como Lyndon B. Johnson, Paul Wellstone y Amy Klobuchar. En la política nacional, el diluvio llegó en 2016, cuando Hibbing eligió por un estrecho margen a Trump por encima de Clinton; Biden tampoco consiguió ganar allí en 2020. Pero, hasta el año pasado, el Minnesota Democratic-Farmer-Labor Party (DFL) aún conservaba diez de los once escaños de la zona minera de Iron Range en la Cámara legislativa del estado⁶. Ha sido únicamente en 2022 cuando Hibbing, que ha elegido a dos nuevos legisladores republicanos, ha dejado atrás su estatus de transición como un distrito ambivalente «Obama-Trump» y ha sido absorbido por la enorme y oscura mancha republicana que ahora fluye sin obstáculos desde el Lago Superior hasta las Cascades.

North Oaks también ha emprendido «su propio viaje». Cuando se fundó a mediados de siglo, la antigua hacienda de la familia Hill se convirtió

⁵ Derek Thompson, «The Miracle of Minneapolis», *The Atlantic*, marzo de 2015; J. Myles Shaver, *Headquarters Economy: Managers, Mobility, and Migration*, Oxford, 2018.

⁶ El peculiar nombre del Minnesota Democratic-Farmer-Labor Party es un tenue eco de la historia populista de Minnesota: se formó después de la fusión del Partido Demócrata y del Partido Agrícola-Obrero en 1944. Funcionalmente, el partido apenas se diferencia de cualquier otra organización demócrata estatal.

en una ciudadela del republicanismo de club de campo. El por lo demás desafortunado Barry Goldwater barrió en North Oaks, obteniendo un margen de tres a uno en 1964; durante el medio siglo siguiente, los candidatos republicanos, tanto nacionales como oriundos de Minnesota, podían contar allí con alrededor del 60 por 100 de los votos. Una vez más, 2016 señaló el punto de inflexión parcial: los votantes se retrajeron ante Trump, mientras siguieron siendo firmes republicanos a escala del estado. North Oaks no se volvió genuinamente demócrata hasta 2022, cuando desalojó con su voto a sus legisladores republicanos y ayudó a impulsar una ola demócrata en el área de influencia de las Ciudades Gemelas. Aunque el Minnesota Democratic-Farmer-Labor Party perdió cinco escaños en Iron Range, conservó la Cámara de Representantes de Minnesota y recuperó el Senado del estado, gracias en buena parte a estas arrolladoras victorias en las áreas residenciales.

Estos son ejemplos extremos, lo admito, pero las trayectorias opuestas de Hibbing y North Oaks ilustran la tendencia dominante en la política estadounidense del siglo XXI: el movimiento de los votantes más pobres y con menor nivel educativo hacia el Partido Republicano y la migración paralela de los votantes más ricos y con educación superior hacia el Partido Demócrata. Los politólogos llaman a este fenómeno «desalineación de clase»; los autores de izquierda, con un oído siempre atento a una denominación poco atractiva, han adoptado el término como etiqueta para hablar del tráfico en dos direcciones de los votantes de pocos recursos hacia la derecha y de los votantes adinerados hacia la izquierda. Las raíces de la desalineación se hunden mucho más allá de este siglo y su emergencia, que varía en velocidad e intensidad, se ha rastreado en buena parte del mundo capitalista avanzado⁷. Pero ha sido en Estados Unidos –en lugares como Hibbing y North Oaks– donde este proceso ha sido más claro, especialmente en la última década. ¿Por qué está ocurriendo esto? ¿Cómo ha remodelado este comportamiento las dos coaliciones dominantes de la política estadounidense tanto en términos ideológicos como institucionales? ¿Y cuáles son sus implicaciones para el futuro de la lucha política de izquierda en Estados Unidos?

⁷ El análisis internacional más completo sobre la desalineación lo ha presentado Thomas Piketty y su escuela de investigación, examinado críticamente por Göran Therborn, «Desigualdad y paisajes político-mundiales», *NLR* 129, julio-agosto de 2021.

En las trincheras

En sus «Siete tesis sobre la política estadounidense», publicadas en la *NLR* 138, Dylan Riley y Robert Brenner analizan las elecciones de medio mandato de 2022 a la luz de estas cuestiones; lo hacen especulativamente, pero aún así con más ambición conceptual y rigor formal de lo que suele hacerse en análisis electorales de este tipo⁸. La desalineación, como señalan justamente, es un «marco inadecuado» para entender la coyuntura: ofrece, en el mejor de los casos, una manera blanda y esquemática para relatar retrospectivamente una tendencia importante, pero no es una interpretación positiva. En lugar de ello, basándose en el mapa elaborado anteriormente por Riley de las «líneas de fractura» estadounidenses (*NLR* 126), emprenden una exploración geológica de las fuerzas político-económicas que podrían explicar este doble movimiento de los votantes: los cimientos materialistas de esta época nuestra de recolocación electoral⁹. Es una tarea necesaria y aun reconociendo que su análisis se basa en un potente metamarco y que contiene una caracterización original de la agenda política de Biden, además de aportar muchos juicios perspicaces y descorazonadores sobre la viabilidad de la política socialdemócrata en un periodo de crecimiento débil, su valoración de las nuevas coaliciones en sí mismas consideradas, de su carácter y de la lógica que las mueve, sigue siendo, no obstante, poco convincente.

El concepto clave de Riley y Brenner es el de «capitalismo político», un término que cuenta con muchos ancestros y referentes en la izquierda, pero que, en sus manos, es principalmente una manera de conceptualizar el enorme gasto público de la era de la COVID-19. Dejando de lado nimias objeciones históricas –por supuesto, como insistiría Braudel, el capitalismo ha operado mediante el Estado al menos desde el siglo xv– Riley y Brenner identifican algo que claramente es real en este momento. Además de los 3,4 billones de dólares que se gastó Trump para luchar contra la pandemia, las principales iniciativas de Biden, incluyendo la *American Rescue Plan Act* (2021), la *Infrastructure Investment and Jobs Act* (2021), la *Inflation Reduction Act* (2022) y el rescate de la deuda estudiantil, han sumado en torno a 5 billones de dólares, dependiendo de la calculadora utilizada para su cómputo. Todo ello ha venido acompañado de importantes aumentos del presupuesto militar durante ambas presidencias.

⁸ Dylan Riley y Robert Brenner, «Siete tesis sobre la política estadounidense», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

⁹ Dylan Riley, «Líneas de fractura», *NLR* 126, enero-febrero de 2021.

Como Brenner ha señalado previamente, este volumen de gasto inesperado e increíble ha constituido el porcentaje más elevado del PIB estadounidense en concepto de cualquier otro incremento del presupuesto registrado desde la Segunda Guerra Mundial¹⁰. Si su lógica intervencionista o su impresionante escala realmente «hacen estallar los diques del orden neoliberal» como ha escrito un entusiasta Adam Tooze, es algo que habría que debatir. Pero, sin duda, señala un alejamiento de la era de la austeridad —«la muerte práctica del Estado entendido como un ama de llaves tacaña»— y se trata de una formación digna de un análisis en sus propios términos¹¹. Riley y Brenner apuntan a que los flujos de gasto de la era de la COVID-19 son el artefacto de una crisis más amplia del propio capitalismo, caracterizada por el crecimiento estancado y en la que no se ve por ninguna parte un posible aumento de la rentabilidad. Si ya no puede obtenerse excedentes desviando las corrientes demasiado indolentes de la producción, esta debe sacarse a golpes de la roca misma por la fuerte mano del Estado. Bajo el capitalismo político, por lo tanto, las coaliciones electorales estadounidense libran una competición de suma cero por los recursos en la que «el poder político puro, y no la inversión productiva, es el factor determinante clave de la tasa de beneficio».

Esta teorización suscita muchas cuestiones económicas, principalmente sobre la naturaleza, alcance y duración de la emergencia de crecimiento del capitalismo¹². Los socialistas han estado apostando a la crisis durante ya casi doscientos años; si exceptuamos uno o dos aciertos, la banca nunca ha dejado de aceptar nuestros pagarés. Hay razones para dudar de que la actual «policrisis», por muchas veces que se cite en Davos, represente algo sustancialmente distinto¹³. A pesar de ello, si lo utilizamos como una metalógica de la política estadounidense contemporánea, el concepto de Riley y Brenner ofrece una considerable potencia explicativa.

Las guerra de maniobras electoral del siglo XX, con sus olas y oscilaciones espectaculares, se ha asentado en nuestro tiempo en una guerra de posiciones atrincheradas¹⁴. La posibilidad de una reedición de la política

¹⁰ Robert Brenner, «Saqueo pantagruélico», *NLR* 123, julio-agosto de 2020.

¹¹ Adam Tooze, «Has Covid Ended the Neoliberal Era?», *The Guardian*, 2 de septiembre de 2021; John Terese, «Is This the Green New Deal?» *Damage*, 14 de septiembre de 2021.

¹² Tim Barker, «Seven Theses on Brenner and Riley's "Political Capitalism"», *Origins of Our Time*, 24 de diciembre de 2022.

¹³ «Davos Worries about a «Polycrisis», *The New York Times*, 17 de enero de 2023.

¹⁴ Mike Davis también se refirió a ello después de las elecciones de 2020: «Guerra de trincheras», *NLR* 126, enero-febrero de 2021.

de clase, por ahora viciada y confundida por los desplazamientos electorales registrados desde 2016, recibió un buen golpe en la segunda campaña de Bernie Sanders. En medio de este paisaje desgarrado es sin duda difícil imaginar las fuerzas que podrían producir un «compromiso de clase». Con los Republicanos y los Demócratas asentados en sus búnkeres regionales, elocuentes en su denuncia mutua pero siempre inveteradamente frustrados en la acción, no parece que haya un camino legislativo hacia reformas importantes de ningún tipo. Lo que queda, entonces, es bien el «neoprogresismo» de Biden o bien el neonacionalismo de Trump, dos aromas de «keynesianismo sin crecimiento» capaces de producir abultados presupuestos y órdenes ejecutivas que levanten a las bases, pero nada que se parezca a un cambio estructural.

Resulta realmente fácil para la prensa progresista liberal describir este combate ferviente y, sin embargo, extrañamente inmóvil, como una guerra cultural, impulsada no por lo económico, sino por «valores» abstractos y expresivos. Pero como insisten Riley y Brenner, las líneas de fractura partidistas tienen una base material que va más allá de un desacuerdo sobre la correcta definición de los tramos impositivos marginales. Cada vez más el Estados Unidos «rojo/republicano» y el Estados Unidos «azul/demócrata», la colorida progenie de la desalineación de clase, ocupa mundos alternativos, no simplemente en lo referido a sus opiniones «culturales» sobre el sexo, la raza o las armas de fuego, sino en lo referente a los medios de comunicación que consumen, los lugares en los que viven, las familias que forman, los trabajos que tienen y las instituciones de las que dependen. Riley y Brenner tienen razón cuando piden más atención a la sustancia de estas divisiones, que no pueden desdeñarse o entenderse mediante la categoría simple de la «identidad». Y, aún así, su propio análisis de esta divergencia se extravía, derrapando *de facto* hacia un concepto vacío que empieza a parecerse a la imagen halagadora que el Estados Unidos demócrata tiene de sí mismo.

Alineaciones deshechas

¿Por qué entonces los estadounidenses de clase obrera se inclinan hacia la derecha mientras que la clase gerencial y profesional se mueve hacia el centro-izquierda? Formalmente, Riley y Brenner rechazan esta caracterización, prefiriendo una definición de clase más rigurosa, no como un índice general de estatus social o de poder, sino estrictamente como una relación con los medios de producción. De acuerdo con su esquema,

entre el 70 y el 80 por 100 de los estadounidenses actuales son «clase obrera», incluyendo cualquier cardiólogo, abogado o vicepresidente de una empresa, siempre que sean asalariados que no informen de ingresos procedentes de su patrimonio o del trabajo autónomo.

Es una intervención impresionante, aunque cuestionable, en las aguas turbias del análisis de clase estadounidense, cuyos marcadores demográficos, baratos pero al alcance de la mano, como la educación y el nivel de ingresos, sustituyen una realidad mucho más compleja. Pero en este caso parece que se trata en buena medida de un rodeo semántico, porque Riley y Brenner conceden rápidamente dos cosas: la primera, que la educación superior (estrechamente ligada a los salarios) divide claramente a esta clase más amplia y, la segunda, que el desplazamiento político definitorio de nuestra época es el movimiento de «la fracción menos educada de la clase obrera» hacia los Republicanos, mientras que la «fracción en posesión de titulación académica» se «moviliza hacia la coalición demócrata». Puede que esto, por su terminología, no sea la desalineación de «clase», pero es esencialmente congruente con el cuadro que han trazado otros que han usado la locución: los desposeídos de Hibbing tienden a la derecha; los poseedores de North Oaks tienden a la izquierda. O, tomando prestada la formulación popular de un personaje del elogiado ciclo de obras de Richard Nelson publicado en 2017 sobre una familia del valle de Hudson en Nueva York: «Pero, ¿desde cuándo se han vuelto Demócratas todos los ricos?»¹⁵.

La respuesta de Riley y Brenner a esta pregunta es simple, demasiado simple de hecho. La conquista republicana de la zona minera Iron Range, junto con otras regiones con menor nivel educativo, es «la consecuencia de la exitosa apuesta del Partido Republicano de apelar en términos nativistas y racistas a los intereses de una fracción concreta de la clase obrera». Mientras tanto, los Demócratas han ganado en North Oaks y en otras zonas residenciales ricas agrupándose en torno a «los términos gemelos del conocimiento experto y de la diversidad». Esto se acerca bastante al tipo de opiniones que se pueden escuchar en los canales televisivos de la MSNBC –Estados Unidos se halla escindido entre palurdos intolerantes y humanitarios responsables– aunque en la fórmula de Riley

¹⁵ Richard Nelson, *The Gabriels: Election Year in the Life of One Family*, The Public Theater, 2017. Sobre los datos estadísticos recientes que sustentan este punto preciso, véase Sam Zacher, «Polarization of the Rich: The New Democratic Allegiance of Affluent Americans and the Politics of Redistribution», *Perspectives on Politics*, febrero de 2023, pp. 1-19.

y Brenner la línea divisoria no es la mera actitud, sino un cálculo económico «racional»¹⁶ Los Republicanos partidarios del modelo MAKE AMERICA GREAT AGAIN han convencido a los trabajadores con menor nivel educativo de que les sale a cuenta, materialmente, apoyar a un partido que dejará fuera a los migrantes y aplastará a los no blancos; los Demócratas han convencido a los «trabajadores con educación superior» de que pueden aumentar el valor de la fuerza de trabajo en posesión de titulaciones universitarias. En el mundo de suma cero del capitalismo político, un voto en cualquiera de estas direcciones no es únicamente la expresión de un sentimiento, sino una declaración de intereses.

Los problemas de esta interpretación, sin embargo, son los mismos que acechan al argumento progresista liberal, que explica los desalineamientos posteriores a 2016 mediante la «reacción blanca» de la clase obrera. Sobre todo, ¿por qué ahora? Consideremos este (típico) análisis de la campaña presidencial republicana de 2008, liderada por John McCain y Sarah Palin contra Obama y Biden:

A medida que progresaba la carrera electoral, la campaña McCain/Palin cada vez se apoyó más en clivajes culturales polarizadoras que distinguían «nuestro bando» del «suyo». Mientras que al principio de la campaña Obama era criticado por su inexperiencia y su ingenuidad, en los meses previos a su elección se había convertido en el enemigo de la nación y en el otro extranjero. En una serie de mítines muy publicitados celebrados durante los últimos meses de la contienda electoral, la campaña McCain/Palin intentó explotar del pozo de la angustia blanca nacional y racial y canalizar su agua hacia el activismo¹⁷.

En medio de una campaña caracterizada por una intensa especulación en torno al origen foráneo de Obama, que incluyó fotos del candidato demócrata vestido «con atuendo musulmán» y ataques contra su relación con el pastor negro Jeremiah Wright, el discurso de clausura de McCain –en la convención del Partido Republicano en St. Paul, Minnesota– presumió del «más ambicioso proyecto nacional de las últimas décadas». Prometió detener el flujo de empleos hacia el extranjero, duplicar la exención fiscal por natalidad, reducir en 700 millardos la cooperación internacional y explotar los recursos naturales para obtener la independencia del petróleo extranjero («*drill, baby, drill*» [perfora,

¹⁶ Una cuestión apuntada y desarrollada en Dominic King, «A Death Sentence for the American Left», *Damage*, 25 de enero de 2023.

¹⁷ Enid Logan, *At This Defining Moment: Barack Obama's Presidential Candidacy and the New Politics of Race*, Nueva York, 2011, pp. 107-120.

amor, perfora]). «Necesitamos la energía estadounidense», decía Palin, «obtenida y entregada por el ingenio estadounidense y producida por trabajadores estadounidenses». Pero, a pesar de estas apelaciones a las fracciones blanca, nativa y nacionalista de la clase obrera, tanto en términos materiales como emocionales, «Barack Hussein Obama» ganó en Hibbing –cuya población es en más del 90 por 100 blanca y nacida allí– por 30 puntos. Perdió, sin embargo, en North Oaks, cuyos residentes aún no estaban lo suficientemente implicados en el conocimiento experto y la diversidad como para apoyar al primer editor negro de la *Harvard Law Review*.

¿Qué ha cambiado entre 2008 y 2016? Sin duda, la rimbombante promesa de Trump de «construir el muro» dio a su campaña un mordiente mayor al de las anteriores campañas republicanas. Pero la apelación a un nacionalismo excluyente no era en absoluto una novedad en la derecha estadounidense, que había jurado detener «la inmigración ilegal» durante décadas –Bob Dole dedicó a los migrantes «delincuentes» su última alocución en 1996– sin lograr por ello un realineamiento de los trabajadores con menor nivel educativo. Tampoco está claro, si dejamos de lado los habituales comentarios rabiosos, que desde 2016 el racismo político republicano haya realmente superado el estándar de 2008, por no mencionar la época anterior de Willie Horton y las «reinas de los subsidios». La debilidad del argumento de la «raza» es puesta en evidencia por el importante apoyo republicano obtenido entre los votantes no blancos de menor nivel educativo durante la época MAGA: ¿representa realmente el aumento de los votos registrado entre los varones latinos, asiáticos y negros a personas que luchan por aumentar su poder obrero «conteniendo» a otros obreros no blancos?¹⁸ El argumento nativista, aunque más plausible, se topa con las mismas objeciones. ¿Los trabajadores inmigrantes vietnamitas en California, los obreros inmigrantes hondureños en Florida y los obreros inmigrantes mexicanos en la frontera de Texas, todos ellos colectivos que apoyaron a Trump en 2020 y que no se retractaron en 2022, están realmente «organizados como nativos»?¹⁹

Una explicación más completa de estos desplazamientos requiere una cronología alternativa de la clase y de los parámetros electorales en

¹⁸ Ruy Teixeira, «The Democrats' Nonwhite Working Class Problem», *The Liberal Patriot*, 22 de diciembre de 2022.

¹⁹ Weiyi Cai y Ford Fessenden, «Immigrant Neighborhoods Shifted Red as the Country Chose Blue», *The New York Times*, 20 de diciembre de 2020.

Estados Unidos. Una «política de clase» eficaz, como señalan Riley y Brenner, ha sido algo excepcionalmente raro. No obstante, las luchas obreras de la década de 1930, traducidas en las reformas regulatorias y de las políticas de bienestar auspiciadas por el *New Deal*, lograron una alineación histórica entre el Partido Demócrata y los votantes de clase obrera, se definan estos últimos como se definan. Ello fue un hecho sin precedentes en la historia política de Estados Unidos, porque a lo largo del largo siglo XIX, los principales partidos habían incidido brutalmente en las divisiones regionales, religiosas y étnicas presentes en el seno de la clase obrera. Tampoco la transición desde la «política de clase» genuina de la década de 1930 hasta el progresismo liberal de los grupos de intereses de la posguerra puso fin al alineamiento del *New Deal*. Ello no quiere decir que los logros del Estado del bienestar de posguerra –incluyendo, francamente, los logros en materia de legislación sobre los derechos civiles– puedan atribuirse a la «política de clases», tal y como la definen Riley y Brenner²⁰. Pero, en Estados Unidos, como en prácticamente en todas las demás sociedades capitalistas de posguerra, esta puede haber sido la condición necesaria para asegurar una reforma duradera. (Bajo las condiciones del «alineamiento de clase», el *shock* de la Segunda Guerra Mundial produjo la *Servicemen's Readjustment Act* (1944), que concedió ayudas sociales e incentivos financieros a los soldados estadounidenses tras la guerra, y el sistema hospitalario de veteranos; al no contar con estas condiciones, el *shock* de la COVID-19 produjo transferencias de recursos monetarios, que se dispersaron como la arena entre los dedos sin construir estructuras ni crear grupos de afinidad electoral).

En todo caso, las bases socioeconómicas de los patrones de votación de ambos partidos, ya se midan por los ingresos, por la educación o por la ocupación profesional, siguieron en buena medida intactas: los mineros de Hibbing eran Demócratas, los ejecutivos de North Oaks eran Republicanos²¹. Este orden electoral empezó a temblar por primera vez

²⁰ Riley y Brenner se refieren a la legislación sobre los derechos civiles en la década de 1960 como una conquista de la «política de clase obrera», pero para los progresistas en el Norte de la posguerra, como ha defendido Jennifer Delton, contribuyó a proporcionar una base moral alternativa para una política precisamente no basada en la lucha de clases, Jennifer Delton, *Making Minnesota Liberal: Civil Rights and the Transformation of the Democratic Party*, Minneapolis (MN), 2002.

²¹ En cuanto a la literatura académica sobre el «voto de clase», véase Robert R. Alford, «The Role of Social Class in American Voting Behavior», *Western Political Quarterly*, vol. 16, núm. 1, marzo de 1963, pp. 180-194, que contribuyó a introducir el concepto. Análisis posteriores incluyen los de Michael Hout, Clem Brooks y Jeff Manza, «The Democratic Class Struggle in the United States, 1948-1992»,

en la década de 1970, como respuesta a la conocida serie de transformaciones que minaron a los partidos de centro izquierda, obreros en un sentido general, a lo largo del mundo capitalista. El estancamiento, la desindustrialización y la consecuente retirada del sindicalismo organizado empezaron a costarle votos a los Demócratas entre los trabajadores pobres, parados y de nuevo atomizados como «sacos de patatas» por la economía global. Durante el último cuarto del siglo xx, los Demócratas en general saludaron este hecho con una cierta complacencia, equilibrada ocasionalmente por el entusiasmo ante la perspectiva de cambiar los votos de una «clase obrera histórica» errática y en declive por los votos de profesionales apasionados (que eran objetivos fáciles para la recogida de donativos). Bajo el liderazgo de Carter y Clinton, el Partido Demócrata en cualquier caso estaba experimentando la transición desde una defensa flácida del consenso de posguerra a un régimen agresivo de desregulación, financiarización y déficit presupuestario: «keynesianismo del precio de los activos» para Wall Street y reformas del Estado del bienestar para Skid Row²².

Y aún así, y este es un punto clave, en términos ideológicos la dirección del Partido Demócrata se había desplazado mucho antes y más decisivamente de que lo hicieran sus votantes. Las victorias presidenciales de la década de 1980 nos hacen olvidar que los «Demócratas de Reagan» todavía eran Demócratas. Hasta los últimos años del siglo pasado, al menos, el Partido Demócrata siguió siendo el partido más votado en las elecciones para los altos cargos municipales y estatales (secretarios de Estado, fiscales generales estatales, oficinas estatales del fiscal general, fiscales de distrito y jueces de tribunales estatales), en el Sur y en el Medio Oeste, en realidad en casi todo el país con la excepción de los ancestrales bastiones Republicanos del noreste rural y del oeste montañoso. Incluso después de la ola republicana de 1994, Newt Gingrich y sus acólitos se hicieron con un porcentaje mayor de la delegación de Connecticut que de la delegación de Texas. La antigua Confederación se escurrió rápidamente después de aquello, pero los Demócratas seguían siendo competitivos entre los votantes blancos con menores ingresos y menor nivel educativo en todos los demás lugares. Los hogares de la

American Sociological Review, vol. 60, núm. 6, diciembre de 1995, pp. 805-828; Geoffrey Evans, «The Continued Significance of Class Voting», *Annual Review of Political Science*, vol. 3, 2000, pp. 401-417.

²² Perry Anderson, «Homeland: La política interna de Estados Unidos», *NLR* 81, julio-agosto de 2013, p. 13; Robert Brenner, «Estructura vs. coyuntura», *NLR* 43, marzo-abril de 2007.

Unión entregaron a los Demócratas una ventaja de entre 20 y 30 puntos en cada elección legislativa celebrada entre 1982 y 2010. Contra McCain y Palin, Obama no solamente logró la victoria en Hibbing; ganó entre los obreros blancos sin educación universitaria en Minnesota, Iowa, Michigan Wisconsin e Illinois.

El nuevo mapa

¿Por qué es importante esta cronología? El desplazamiento agudo y verdaderamente catastrófico de los patrones de voto en el seno de la clase obrera de bajos ingresos estadounidense ha ocurrido únicamente durante la última década. Y ha ocurrido en paralelo al movimiento de los trabajadores con educación superior y buenos salarios en la dirección opuesta. Articulados con la clase ocupacional como sutura, la línea del tiempo es la misma: «obreros manuales especializados» y «profesionales, administrativos, gestores y funcionarios de alto nivel» solamente han intercambiado sus lealtades políticas después de 2012²³. Riley y Brenner argumentan que estos dos desplazamientos se explican por el interés material, pero en su análisis ambos siguen estando curiosamente despegados el uno del otro, con los Demócratas centrados en la educación, mientras que los Republicanos (por su parte) movilizados en torno a la raza y la nación. Pero, ¿no sería más plausible que este gran doble movimiento, concentrado en una franja de tiempo tan estrecha, representara respuestas divergentes a una misma coyuntura?

Retrospectivamente, la elección presidencial de 2016 no solamente presentó a los votantes un sorprendente contraste de estilos o ideologías, sino la demostración visceral de la manera en la que cuarenta años de neoliberalismo habían cambiado el sistema de partidos. Los Demócratas defendían el «libre comercio» y las intervenciones militares estadounidenses en el extranjero; los Republicanos estaban en contra de ambas cosas. Retóricamente, la diferencia más acusada de Trump respecto a los anteriores candidatos republicanos no era su agitación antiinmigración, sino su negativa a atacar los «derechos» del Estado del bienestar, como la Seguridad Social²⁴. Por encima de todo, Trump se presentaba como un intruso en la política que «drenaría el pantano» de Washington: una

²³ Ted Fertik, «(Occupational) Class and Party Identification», *Medium*, 30 de octubre de 2018.

²⁴ Había buenas razones para que los votantes identificaran a Trump como menos «conservador» que Romney, McCain o Bush: «Trump Seen as Less Conservative than Prior GOP Candidates», *Gallup*, 4 de octubre de 2016.

premisa que dependía, en último término, de la percepción de que los Demócratas se habían convertido en el partido de la elite dominante.

Esto resultó plausible para los votantes y ha seguido siendo un tema central en la política MAGA más allá de Trump, porque contiene una buena parte de verdad. En el escenario presidencial, el reposicionamiento formal de los partidos se había disimulado durante mucho tiempo por la persistencia de la aristocracia de Bush en la derecha y por los gestos de Obama hacia el populismo durante sus respectivas campañas electorales en la izquierda. Pero 2016 y todo lo que ha ocurrido después ha revelado al Partido Demócrata no solamente como un partido fundamentalmente tecnócrata, «conspicuo en el abrazo de la ciencia como un valor ideológico», sino también como un partido que puede reclamar un nuevo tipo de predominancia en la cúspide de las jerarquías sociales, culturales y económicas de Estados Unidos. Esto se extiende mucho más allá de las tradicionales bases de poder en el gobierno, la magistratura, la filantropía, los medios de comunicación, el mundo del entretenimiento y las universidades, aunque, en el último cuarto de siglo, estas áreas hayan crecido todas significativamente tanto en peso social como en adhesión progresista. Las contribuciones a las diversas campañas electorales efectuadas por cada uno de estos sectores ofrecen un atisbo tosco pero sugerente del nuevo mapa: los Demócratas ahora mandan en las comunicaciones (incluyendo prácticamente su monopolio en Silicon Valley), las finanzas (incluyendo un asimétrico apoyo por parte de los fondos de cobertura, de los grupos de inversión y del capital riesgo) y la industria de la salud (incluyendo un marcado cambio del Partido Republicano al Partido Demócrata registrado en el seno de la industria farmacéutica)²⁵.

Galvanizados por el miedo, el escándalo y una perpetua sensación de acoso, los progresistas liberales estadounidenses en la época de Trump apenas se han dado cuenta de estos fundamentales accesos al poder. Pero además de su acostumbrada preponderancia en la industria cultural, los Demócratas ahora se imponen en los tres sectores más conspicuamente dinámicos de la economía estadounidenses del siglo XXI²⁶. Y en mucha mayor medida que las zonas económicas en las que los Republicanos

²⁵ Los datos de las contribuciones sectoriales están disponibles en la web de Open Secrets.

²⁶ D. Riley, «Líneas de fractura», cit., pp. 39-44. Perry Anderson describió correctamente y sin contemplaciones este escenario en «Homeland: la política interna de Estados Unidos», cit., pp. 32-37 y, sin embargo, lo hizo con lo que ahora parece una subestimación del potencial demócrata para controlar la red del poder estadounidense.

aún conservan la preponderancia –energía, sector inmobiliario, venta al detalle, agroindustria– estos sectores demócratas requieren y están correctamente asociados con una educación avanzada, credenciales de elite y liderazgo profesional y de gestión²⁷. Para explicar el abandono por parte de la clase obrera con menor nivel educativo del Partido Demócrata esta emergente estructura de poder, dramatizada en 2016 e imposible de obviar desde entonces, debe ocupar el centro del escenario.

Cuanto más se obsesionan los comentaristas progresistas liberales con los ataques, feos pero esporádicos y de siempre conocidos, de los Republicanos contra la inmigración o la clase trabajadora no blanca, más invisibilizan este desplazamiento tectónico más profundo. Los propios votantes no están tan ciegos. Como han señalado los comentaristas locales, el giro a la derecha de la zona minera de Iron Range se ha expresado mediante la ira dirigida contra las Ciudades Gemelas, es decir, contra la próspera área metropolitana de Minneapolis-St. Paul, dotada de credenciales educativas y en crecimiento constante, que gestiona la economía de Minnesota. En el análisis de Riley y Brenner, a los obreros de Hibbing les impulsaba una resistencia «racional» ante una perspectiva (en buena parte teórica) de competencia económica con una persona inmigrante salvadoreña o somalí. Pero parece más plausible que hayan sido movilizadas por una resistencia «racional» hacia las elites educadas de North Oaks, cuyo poder sobre las industrias e instituciones que conforman sus vidas –desde las páginas de Facebook hasta los centros hospitalarios– no es en absoluto abstracto²⁸.

Desde la perspectiva estratégica republicana, por supuesto, estas movilizaciones van de la mano, puesto que las elites de los estados demócratas han surgido como defensoras programáticas de la diversidad racial y como portavoces (aunque sustancialmente ambivalentes) de la defensa de los derechos de los migrantes. No obstante, las prioridades políticas están claras. El supuesto heredero de Trump en la derecha, el afectado y manipulador gobernador de Florida, Ron DeSantis, no ha prosperado convirtiendo en chivos expiatorios a los trabajadores no blancos y mucho

²⁷ Una de las razones por las que los Republicanos se han vuelto tan fanáticos ante los resultados electorales es que la política electoral, a diferencia de la cultura, de la ideología o de los puestos de mando de la economía, es uno de los pocos ámbitos en los que conservan una ventaja potencial sobre los Demócratas.

²⁸ Aaron Brown, «Iron Range, Seething at Twin Cities, Continues Right Turn», 11 de noviembre de 2022. Una conversación con Alexander Brentler me ayudó a profundizar en este punto.

menos amenazándoles con la expulsión: en 2022 es posible que haya obtenido más votos latinos no cubanos que cualquier otro candidato republicano en la historia de Florida. En lugar de ello ha buscado, con evidente cálculo, colocar a las auténticas bases del poder demócrata (universidades, burocracias, «elites de Silicon Valley», Walt Disney Company) en el punto de mira. Incluso la más escandalosa zambullida de DeSantis en la xenofobia –su transporte de trabajadores migrantes a la isla de Martha’s Vineyard– llamó más la atención por su aguda burla a las elites progresistas, que por la hostilidad cruda hacia los propios migrantes.

En último término, este argumento no es tanto quizá un cuestionamiento de la tesis de Riley-Brenner como un intento de afinarla. Desde 2016 ambos partidos se han ajustado a las líneas de fractura político-económicas emergentes en Estados Unidos, acelerando lo que podía ser una realineación atrasada de las coaliciones de voto. En una era de estancamiento y bloqueo, ambos partidos están ahora satisfechos con fortificarse en torno a su fracción de la clase asalariada genérica, en buena parte basándose en mensajes emocionales y materiales dirigidos contra los partidarios del otro bando: para los Demócratas, la chusma inestable y racista de MAGA; para los Republicanos, la engreída elite con credenciales educativas y su clientela adoptada. Las oportunidades para un compromiso político constructivo, no digamos ya para una repolarización en torno a una política de clase, siguen siendo escasas.

Pero si la «socialdemocracia de la lucha de clases»²⁹ de Bernie Sanders está ahora en ruinas, prácticamente cualquier otra alternativa que se ofrece parece peor, no solamente incapaz de romper el nuevo orden partidista, sino, en realidad, susceptible de contribuir a su perpetuación. Los ataques desde la izquierda a una supuesta nostalgia por la «clase obrera histórica» o las celebraciones de una clase obrera «nueva» o «real», es decir, de esa parte que ya vota en contra de los Republicanos, no ofrecen mucho más que una articulación a la moda de las políticas realmente existentes del Comité Nacional Demócrata. Los raíles paralelos del pensamiento progresista liberal y de izquierda sobre este tema no son un accidente, puesto que la izquierda electoralmente organizada hoy toma aliento exclusivamente en los distritos en los que dominan los Demócratas. Cualquier camino para el avance de la izquierda estadounidense precisará de una estimación desapasionada de las fuerzas que han colocado a tantas de sus figuras políticas, activistas e intelectuales

²⁹ Bhaskar Sunkara, «The Exercise of Power», *Jacobin*, 25 de febrero de 2019.

en oposición a los mineros y a los comerciantes de Hibbing, Minnesota, y en una alianza *de facto* con los actuales residentes de la casa señorial de James J. Hill.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net